

tormento la perdiese; porque primero los azotaban fuertemente con palos, varas, riendas, escorpiones, plomadas, muy grande parte del día ó de la noche atados con correas ó colgados con sogas; tras esto los araban el cuerpo con uñas de hierro, y les punzaban con lancetas de acero agudas, quemaban estas llagas con hachas ardiendo, estropeábanlos con cuerdas fuertes y poleas, y con peines de hierro los despedazaban; tras estas crueldades, para mas dolor, les fregaban las llagas sangrientas con sal y vinagre, y al cabo los volvian á la cárcel, para que, convalecidos, comenzasen otros nuevos géneros de martirios, los cuales entre tanto inventaban y aparejaban; á otros sacaban los ojos cruelmente, á otros con gran deshonra y fealdad cortaban las narices, á otros arrancaban las uñas, á otros cortaban las manos, á otros los piés, á otros metian en grandes calderas ó tinas de pez, resina y plomo derretido; y cuando ya se cansaban y faltaban todos estos crueles instrumentos, no faltaba la crueldad de los atormentadores; venian las cruces, los fuegos, las bestias, las flechas, las espadas; á otros despeñaban, á otros quebrantaban las piernas, y otros géneros de dolores y muertes, causados y no hartos de atormentar, como refiere el mismo Eusebio.

De aquí nacia aquella diabólica invencion de martirio, que donde se hallaban dos árboles juntos, bajaban las puntas de dos ramas con gran violencia al suelo, y atando á cada una una pierna del mártir, las tornaban á soltar en un punto, y con la fuerza de la naturaleza llevaba cada una su medio cuerpo, aventando las tripas y asaduras por los aires; y no contentos con la crueldad contra los vivos, algunas veces mas crueles se mostraban contra los muertos, poniendo sus cuerpos (como el salmista se lo representa á Dios en un salmo) por manjar á las aves y á las bestias de la tierra; ni escapaba su castigo el que de noche ó en secreto pensaba de enterrar alguno dellos, movido por religion ó piedad. De aquí se veian por todo el mundo crudelísimos espectáculos, habiendo por todo él tantos muertos echados al campo y en lo poblado, sin haber quien se atreviese á enterrar ninguno. Habia otro género de tormento que los mártires padecian, que á quien tenia tan firme su corazon con Dios no era menos grave, el cual recibian de sus propios deudos y amigos, de sus queridas mujeres, de sus tiernos hijos, de sus padres, madres, hermanos, cuñados, parientes, cuando con muchas lágrimas y grandes aullidos se llegaban á ellos, rogándoles que tuviesen piedad dellos, de tantos niños por criar, de las mujeres desamparadas, de los padres viejos, que lo uno quedaban solos, y lo otro á grande peligro de pasar todos por aquella crueldad, de que con solo adorar los dioses podian librarlos, y que si después tuviesen desto algun escrúpulo, que todo se perdonaria por la penitencia; que condescendiesen con los emperadores y con sus jueces y adelantados; que sacrificasen á los dioses, que ellos recibian sobre sí aquel pecado que en eso se cometiese. Pues ¿qué tormento puede ser mas cruel y qué mayor priesa que esta, por una parte ruegos, lágrimas y ternura, las mujeres llorando, los niños, de ver llorar las madres, los viejos las lágrimas por las canas corriendo, y por otra penas intolerables? Esto es una

cifra de lo que brevemente y en general puede decirse, lo cual parece cuando se lee una historia particular de un mártir, como un Estévan, Lorenzo y otros, especialmente cuanto mas va el mundo estragándose, como parece en los crudelísimos martirios que los siervos de Dios han padecido de los herejes, y los que casi en nuestros tiempos padecieron aquellos bienaventurados monjes de la Cartuja en el reino de Inglaterra, y otros muchos de quien cuenta la historia de aquel reino, donde el demonio parece haber descubierto todas sus artes y herramientas que tiene y sabe, para afligir á los siervos de Dios y defensores de su fe, como ve que queda poco tiempo para desahogar, si pudiese, su furia y mala voluntad que á Dios y á sus siervos tiene.

La paciencia destes santos no parece que se pueda tratar por este nombre, sino por nombre de alegría y deseo con que padecian; porque, no solo no se movian ni vacilaban por dichos ni lágrimas de sus deudos y amigos, ni temian amenazas ni estimaban promesas; antes, puestos los ojos en el cielo y el corazon en Dios, como unas piedras fuertes y constantes, no querian oír lo que del suelo se les decia, sino lo que Jesucristo, á quien amaban y por quien morian, habia enseñado; considerando lo que él padeció por ellos, y la gloria que les estaba aderezando si padecian constante y valerosamente, no solamente esto, sino que con gran alegría padecian, la cual heredaron de su buen padre Cristo, y de la que él tuvo padeciendo sin culpa por los pecadores, con ser tan graves sus tormentos del Hijo de Dios, que á los que pasaban pedía el Profeta en su nombre que parasen y advirtiesen si habia dolor semejante á los que él padecía; pero aquel amor infinito con que nos amó y los padeció hacia apacibles y dulces los dolores; y advirtiendo esto los mártires, no solo con paciencia sufrían los suyos, sino con alegría y con esfuerzo incomparable, que el Redentor les dejó y ganó por su passion, trocando en ella su esfuerzo por nuestra flaqueza, que recibió en sí; lo cual fué figurado en la costilla que del lado de Adán sacó para formar á Eva, pudiendo criarla de nada, y si quisiera, de algo, como al hombre, no le faltara barro de que pudiera; pero quiso quitarle del lado la costilla. Y dice el santo texto que aquel vacío de donde la sacó, llenó de carne en su lugar. Y dice san Pablo que está allí un gran secreto y misterio, cumplido en Cristo y su Iglesia, porque significó que el sueño que el segundo Adán durmió en la cruz sacó de su lado nuestra fortaleza, significada por la costilla de hueso, y en lugar della puso nuestra flaqueza, significada por la carne flaca. Y de aquí le vino al Señor el temor que en el huerto tuvo cuando, como haciendo el memento de la misa que otro día habia de celebrar en el altar de la cruz, se le representaron los trabajos que otro día siguiente habia de padecer, y del temor vino á sudar gotas de sangre. Y por otra parte, los apóstoles y mártires iban, no solo con paciencia, sino con fortaleza y alegría, á sus martirios, en lo cual se les parecia lo que del trueque con su Señor les habia cabido; porque, así como el Redentor como oveja dice el Profeta que se dejó llevar á la muerte sin hablar palabra, así los mártires; que es decir que morian con tanta paciencia y alegría, que con el mismo semblanto

y alegría iban á la muerte como al contento, así como va la oveja con el mismo al matadero que iba á la dehesa; y así como la oveja se vende barato para sustento de los pobres, así Cristo se dió con liberalidad para el de los pecadores; y los mártires, por el consiguiente, para servir y dar contento á Cristo, pobre por nosotros, y á sus pobres de la Iglesia, comunicando con ellos las riquezas que les sobran para el tesoro de sus pasiones; y esto es lo que canta la Iglesia: Murieron á cuchillo á manera de ovejas; no suena murmuracion ni queja, sino con corazon callado su alma prudente conserva la paciencia.

Para sentir mas este punto, por ser tan útil para celebrar las fiestas de los mártires y sacar el fruto dellas, así como en la crueldad de los tormentos he remitido al cristiano á las historias dellos, así les remito en este punto de la paciencia y alegría con que padecieron. Esta es la grita que san Lorenzo daba á los que alizaban el fuego de su martirio, que, aunque de otros mártires dice san Pablo que apagaron la fuerza del fuego y rebotaron los filos de las espadas, etc.; pero san Lorenzo no quiso el fuego sin fuerza ni apagado, sino dejarse asar y mandar que le volviesen del otro lado, venciendo con sola paciencia el ímpetu de aquel bravo fuego. Esta es la miel que san Estévan hallaba en sus piedras, y este el temor de san Ignacio de que sus leones se tornasen mansos y amigos, como á Daniel y á otros mártires, y que, reconociendo al siervo de Dios, cerrasen sus bocas ó bajase el ángel á cerrárselas, encogiesen las uñas y olvidasen su natural ferocidad. De aquí eran los requiebros del santo viejo san Andrés con la cruz en que habia de padecer, pareciéndole muy hermosa, considerando las joyas que la habian hermosado, que eran los santísimos miembros de Jesucristo, y rogar al pueblo que no impidiese su martirio; de aquí la alegría y deseo de los mártires presos cuando venia el día de sacar á algunos á martirizar, y la porfía santa y los pleitos sobre quién saldria primero de los compañeros de san Mauricio y de otros mártires, porque no se les desmintase ocasion tan deseada; así lo pedía santa Prisca, alegando su nobleza, por la cual debia ser preferida en el martirio á los que no la tenían como ella. De aquí la respuesta del otro que entre gravísimos tormentos no se quejaba, cuando, preguntada la causa, dijo que era costumbre entre los cristianos el silencio cuando oraban, y su oracion era requebrarse con Dios y darle gracias por los tormentos; de aquí las niñas con valeroso esfuerzo, mas que de capitanes, respondiendo con cristiano y santo denuedo á las preguntas y razones de los tiranos, menospreciaban sus amenazas y tormentos, porque tenían dentro de sí la costilla del celestial y divino Adán, Jesucristo, de que fué formada su esposa la Iglesia, y á trueque della habian puesto en él la flaqueza de su carne y sexo. Pues esto es el clarísimo ejemplo que el mismo Redentor nos dejó de paciencia y alegría para el tiempo de nuestros trabajos.

Pero, para mas exageracion deste valor, es mucho de notar una grandeza que se halla en estos bienaventurados santos que después del Redentor padecieron, y es la ventaja que hacen á los antiguos que por Dios y su ley padecieron; que, como aquellos estaban hechos á

recibir en premio de sus obras bienes temporales, al fin colmadamente fueron en ellos restituidos, como fué el santo Job, que recibió todo lo que habia perdido doblado, y aun tambien los hijos, segun san Agustin, que dice que los primeros siete no los habia perdido, sino enviándolos adelante, donde para siempre los habia de gozar. De Tobías dice el mismo san Agustin y san Crisóstomo que recibió dos premios de su paciencia, en esta vida y en la otra, porque le sacó y libró de la ceguera del cuerpo y le hizo rico, y después le llevó á su gloria; para que veamos cuán bien sabe Dios pagar lo que por él se padece y hace. Y de Josef cuenta la sagrada Historia que después de sus trabajos fué subido á tan alta cumbre de honra y riquezas. Pero los mártires no quisieron acá paga ninguna con estar prometida, sino solo en la bienaventuranza, y aun la principal que tenían por paga era el mismo padecer hasta la muerte sin cosa que pareciese interese, si era menos que el mismo Dios, por quien padecian.

Pues ¿quién no sale avergonzado y confuso deste discurso, viendo tal valor de unos hombres de carne como nosotros, sin dechado de tantos ejemplos como nosotros tenemos? ¿Qué es nuestra vida y nuestro pensamiento? ¿Qué es nuestro cristianismo ó nuestra religion? Cuando hallamos á la noche que ni hemos muerto ni agraviado á nadie, cuando creemos firmemente lo que la Iglesia, y no nos acusa la conciencia de pecado, ¿pensamos que hemos hecho algo? En aquel tiempo no se probaba con cualesquier obras la fe, sino con la vida y la sangre, pudiendo Dios sin tanto riesgo salvar los hombres y acabar los tiranos, como comenzó á hacer de hecho en tiempo del emperador Constantino, eso pudiera hacer en tiempo de Neron y Calígula, y Trajano y Domiciano, y de otros semejantes tiranos; no quiso por no quitar á la Iglesia tanta honra como de los triunfos de aquellos santos se le recreció, y para que á gente tan flaca y tibia como los que agora vivimos quedasen tan vivos y eficaces ejemplos de virtud y paciencia; porque, viendo en ellos la gracia de Dios, que levantaba á tan alta cumbre nuestra flaqueza, los que pudiesen los imitar; y los que no, se admirasen y humillasen viendo delante de tanto esfuerzo su tibieza y flojedad.

DISCURSO VI.

De la paciencia en las adversidades, á ejemplo de Lázaro pobre.

Al tiempo que llegaba ya á tratar del clarísimo ejemplo que tenemos en la Madre de Dios se me representó que hacia no poco agravo á Lázaro mendigo, y á los que con su ejemplo podrán consolarse, ó por mejor decir, avergonzarse en sus trabajos, si no le hacia su discurso en este libro; pues la condicion de los demás no le falta á Lázaro, que es habérsenos dado por dechado y ejemplo de paciencia, como el santo Job y los demás; y que esto sea así afirmalo san Juan Crisóstomo, y que para ese fin nos dejó el Señor la Parábola que de su fin y del rico avariento trata, porque cuando en alguna triste aflicion nos viéremos caidos nos consolemos, considerando cuánta ventaja nos hizo en sufrir, por mucho que nos parezca lo que sufrimos. De manera que fué puesto por doctor, maestro y predicador de todo el

mundo para los que tuvieren que padecer, y muestra clara su doctrina en vencer á todos en grandeza de paciencia y en insufribles trabajos. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo. Y aunque tan tarde se me ofreció tratar dél, no le mudé lugar, antes le pongo en este, después de los dichos, aunque parece puesto mas honrado, por voto del mismo san Juan, que en la misma homilía viene á decir que no se puede hallar otro que tantos y tan graves males haya padecido, con traer este santo siempre al santo Job y á san Pablo en la boca y en el tintero, que apenas hay homilía en que no salgan; y así parece que lo sentía en la manera del decir. No puede (dice) hallarse otro, no puede, digo, digo que no puede; que parece que el santo Job se le atravesaba en los dientes, estorbándole el pronunciar esta sentencia tan general, y repítela, diciendo: Digo que no podrás hallar ni nombrarme otro que tales, tan pesados y tantos males haya padecido; lo cual dice este santo con tanto encarecimiento, así por ser ellos muchos y graves, como por haberlos padecido el pobre todos juntos, que es una circunstancia que hacía mas graves sus penas. Y para entender cuántas, cuán graves y cuán juntas, digamos primero su historia, por ser menos comunmente sabida que las pasadas, como el Redentor la cuenta por san Lucas, donde para declarar dos sentencias oscuras que habia dicho encomendando la limosna, de que mofaban los fariseos, que eran avarientos, juzgando que el Señor por ser pobre, como lo era y parecia, cargaba la mano en alabar esta virtud por su interés; y lo segundo por enseñarnos, como san Juan Crisóstomo dice, que cuanto en el mundo pasa no es mas que una farsa ó comedia, ni los personajes dél, por mas pintados que sean, son mas que unos farsantes, que uno representa persona de rico, otro de pobre; uno de santo, otro de pecador; uno de señor, otro de vasallo; y que hasta el día del juicio ó de la muerte, cuando se desnudarán los vestidos de la comedia, no se conocerá quién es cada uno, y entonces serán todos conocidos; y verá el mundo que alguno que parecia santo no lo era, y así el rico y el pobre, etc.; como san Pablo dice, que en el día último se descubrirán los pensamientos de los corazones; lo tercero, pretende enseñarnos la mudanza que ha de haber de las suertes de todos, con que responde á las maravillas de los santos y amigos suyos cerca del tratamiento de buenos y malos, y asimismo á las perpetuas quejas de los pobres cuando se ven en esta vida tan mal tratados, á vista de los que sin merecerlo viven en ella con mucha prosperidad.

Dice pues el Redentor: Érase un hombre rico, y érase un pobre mendigo. Antes que de aquí pasemos, porque decimos érase, que es vocablo con que se comienzan las consejas ó fábulas que las viejas suelen fingir ó contar, es necesario averiguar brevemente si este cuento que el Señor aquí cuenta haya sido historia verdadera ó cuento fingido, como algunas parábolas que para declarar alguna doctrina suelen fingirse, como la que en el libro de los *Jueces* se dice, que fueron todos los árboles á la viña, higuera, etc., para que fuese su rey. Y claro está que entonces no hablaban mas que agora los árboles, ni andaban ni elegían rey, ni se gobernaban por él, sino para declarar el misterio ó doctrina que allí preten-

de; ni por eso es ni puede decirse mentira, aunque sea ficción y no haya pasado ni pueda pasar así como se cuenta; porque, como san Agustin dice, no todo lo que fingimos es luego mentira, sino cuando lo que se finge no se encamina á alguna significacion; y porque él dice que las parábolas de Cristo no hay necesidad que sean verdaderas, quieren de ahí colegir algunos que siente que no lo son. Por otra parte, san Juan Damasceno dice lo contrario, que todas cuantas Cristo dijo son verdaderas historias, y trae por ejemplo esta del rico y el pobre. Ambas estas dos sentencias no tienen probabilidad; solo tiene verdad la de Damasceno en el ejemplo que pone, que esta de que hablamos fué verdadera, en que todos los doctores convienen, excepto Teofilato sobre san Lucas en aquel lugar; así que, la comun sentencia de todos es que fué historia verdadera, y lo son todas las que nombran las personas, lugares ó tiempos. Y esta es regla de san Juan Crisóstomo, donde dice: En las parábolas no se han de nombrar ó decir los nombres. Y conformando Orígenes con este su parecer, dice que forzosamente nombró Moisés á Job en su libro cuando le compuso, so pena que se pensara que era argumento ó historia fingida. Luego de aquí sale la diferencia entre parábola y verdadera historia: que en la historia se suelen decir los nombres, y en la parábola fingida no; y de lo que es pura parábola entiendo yo á san Agustin, sin que niegue esta doctrina de san Juan Crisóstomo, segun la cual Teofilato parece haberse engañado en decir que esta era ficción, como tambien algunos hebreos se engañaron en pensar lo mismo del libro de Job. En esta parábola del rico avariento pone el Evangelio el nombre del pobre. Eutimio pone tambien el del rico, diciendo que por haber sido mal hombre no le pone el Evangelista, segun aquello del salmo: No tomaré en mi boca sus nombres para acordarme dellos, y que por bueno y digno de amor fué nombrado el pobre; pero que de mano en mano, de la doctrina de los hebreos, mirados y distinguidos los tiempos, se halla que aquel rico se llamaba Nineusis, y el pobre Lázaro. Esto es lo que Eutimio dice.

Agora, supuesto que la historia es verdadera, dice así el Evangelio: Érase un rico tan rico, que vestía de púrpura y Holanda, y comía cada día de banquete; y érase un pobre que tenía por nombre Lázaro, que cada día le hallaban echado á la puerta del rico, lleno de llagas, deseando matar su hambre de los mendrugos y migajas que caían de la mesa del rico, y ninguno se las daba; sucedió morir el pobre en esta pobreza, y fué llevado en manos de los ángeles al seno de Abraham; murió tambien el rico y fué enterrado, y el alma en el infierno. Desde allí, levantando los ojos, vió á Abraham y á Lázaro, y comenzó á dar voces llamando á Abraham: Padre Abraham, envíame á Lázaro que moje mi lengua con su dedo, que me abra en estas llamas. Respondió Abraham: Acordáos, hijo, que recibistes vuestros bienes en vuestra vida, y Lázaro por el semejante sus males; agora él se huelga, y vos sois atormentado; tras eso, ya veis que entre nosotros y vosotros hay esta hoya ó paredon, que estorba á que pase nadie de una parte á otra. Replicó el rico: Pues ruégote, padre, que le envíes en casa de mi padre, porque tengo cinco

hermanos á quien predique y les dé aviso para que no vengan á este lugar de tormentos. Respondió Abraham: Allí tienen la escritura de Moises y predicadores, oigan sermones. Él respondió: No, padre Abraham, mejor harán penitencia si alguien fuere á ellos desta vida. Respondió Abraham: Si á Moisés y á los profetas no oyen, aunque resucite un muerto y le vean no creerán. Esta es la historia.

De la cual se saca, lo primero, que este discurso pretende cuántas y cuán graves cosas padeció este pobre, y cuán juntas. Lo primero era gran pobreza, que es gravísimo mal, cual lo conoce quien le ha padecido, mayormente cuando la pobreza es de lo necesario para la vida, que la que es de lo superfluo para conservar el fausto y vanidad del mundo, él la llama pobreza, que yo no. Este pobre la tenía tan grande, que aun mendrugos y migajas que se perdían, como allí da á entender, y nadie los codiciaba ni guardaba, no podia alcanzar con deseos ni con ruegos ni con voces. Lo segundo era enfermedad, no solo de llagas y dolores, de que el Evangelio dice que estaba lleno, sino de tanta flaqueza y enfermedad, que, viniendo los perros á lamerle las llagas, llamados y convidados de la hediondez que dellas, como de cuerpo muerto, salía (no para hacerle bien, sino, como san Crisóstomo dice, para hartar su hambre, sintiendo desto gran dolor, porque las lenguas de los perros y sus golpes se le despertaban en aquellas llagas enconadas, y es de creer que no con solo lamer se contentaban), no tenía salud ni fuerza para aventarlos de sí. Cada trabajo destes dos, por sí y sin el otro, es tan intolerable, ¿qué serian ambos juntos? Porque por la experiencia vemos que, por pobre que uno sea, si tiene salud, ya pasa su trabajo con algun consuelo, y asimismo, cuando uno está enfermo, por mucho que lo esté, como no haya pobreza pasa con buen servicio, regalos, médico docto, medicinas, el bufete lleno de olores, aguas, ramilletes, la fuente, la fuente, la fuente, las muchas visitas, que no le faltan al rico, y otras muchas cosas que alivian mucho el rigor de la enfermedad; pero cuando estas dos se juntan, pobreza y enfermedad, cada una dellas hace mayor dolor y herida en el alma. Pues de aquí se comience á sentir la gravedad de los trabajos de Lázaro por ser juntos, pues estos dos primeros tanto se ayudaban para su tormento. Pasando adelante, ya podría ser estar uno enfermo y tan pobre, que no tuviese de su cosecha ni hacienda con qué curarse ó pasar ó aliviar su enfermedad; pero, tendido en la calle ó en otro lugar público, en aquel suelo podría ser remediado con favor ó limosna de los que le viesen, movidos á compasión.

Este fué el tercer trabajo deste pobre, que hace insufribles los demás, ver que de su miseria nadie tenía compasión, ni le socorria aun con lo que se habia de echar al muladar, y estando á la puerta por do pasaban, que no les habia de costar trabajo el llevarse á su casa; á lo cual se añadía ser á la puerta del rico tan próspero; que si fuera en un desierto donde le sucediera la enfermedad ó la hambre no sintiera tanta pena; como nos acaece en un camino ó desierto, cuando á todos falta el mantenimiento en una venta, ó en la mar cuando falta el mismo ó agua para beber, que la comun necesidad,

aunque á solas se padezca, se pasa con alegría, á lo menos sin mucho disgusto, antes se pasa tiempo en pensar cómo se contará después á los amigos; pero no así cuando falta en lugar abundante, mayormente si hay gente que pueda fácilmente socorrer y no quiere. De donde los santos y los teólogos coligen que á lo menos antes del juicio, como san Agustin advierte, los condenados en el infierno para mas tormento suyo ven (como es allí posible) la gloria de los bienaventurados; porque, cotejada con sus penas, salen estas mas intolerables. Así parece tenerlo san Gregorio. Y al revés: verán los bienaventurados las penas de los condenados para mas gloria; y compáralo á las colores contrarias puestas una á par de otra, que salen mas. Lo mismo dice san Juan Crisóstomo, y pone ejemplo del hambriento que le apartan de la mesa, y dice que por eso puso Dios á Adán enfrente del Paraíso, para labrar la tierra. Esto entiendo de este santo del mismo día del juicio; y los que menos dicen es, que la memoria de lo que allí vieren les durará para siempre para su tormento, y que por eso puso al rico en el infierno, enfrente y á vista de Lázaro y Abraham, para que, pidiendo la gota de agua, viese á Lázaro en holganza, para mas pena y tormento. Y aun los poetas fingen á Tántalo junto á las frutas y las aguas frescas sin poder gozar uno ni otro, para significar los tormentos de su infierno, cual ellos lo alcanzaban. Al fin, ó por vista ó revelacion ó memoria, ellos lo ven para mayor tormento suyo. Tal era la necesidad y aflicion deste pobre á la puerta de un hombre rico, á vista de tantos criados, de los cuales ninguno le socorria, ninguno le consolaba, ninguno siquiera le miraba ni echaba de ver su necesidad para remediarla, mayormente donde tanta abundancia se despreciaba. Fuera desto, le daba nueva pena que aquella riqueza cayese en aquel hombre de malas costumbres, viendo tales y tan buenas él las suyas, que sin arrogancia ni soberbia podia hacer esta comparacion; y por otra parte, tan diferentes de los méritos las suertes de cada uno, que viviendo el otro en sumo contento y riqueza, viviese él en extrema miseria y necesidad donde habia tanta impiedad, tanta inhumanidad y, como san Juan Crisóstomo la llama, tanta desvergüenza, que, estando á la puerta por donde el rico pasaba, no hiciese caso de su necesidad mas que si fuera una piedra, ó traído allí para ser testimonio de su demasia y superfluidad. ¡Cuál estaba aquel santo mendigo, y qué afligido, viendo pasar junto á sí tantos criados que entraban y salían, subían y descendían; tanto ruido, tantos truanes y lisonjeros, tantos convidados, maestresalas, pajes, tantos hartos, embriagados, tantos deshonestos, burladores, saltadores, músicos, tantos pícaros y mozos de cocina y de caballos, y otra gente perdida que suele llegarse á semejantes casas, reventando de hartos y dándose con las sobras de la comida, ahogándose el pobre en el puerto, y secándose de sed á par de la fuente!

Tras esto, tenía otra aflicion; ó por decir mejor, falta de un alivio que suelen tener otros afligidos, que solo él lo era en aquel género de adversidad, que no habia otro pobre como él con cuya aflicion se consolase, ni habia pasado antes otro Lázaro como él (con quien los que agora padecemos, nos consolamos y esforzamos á pa-

decer, y aun nos confundimos oyendo su historia, ni ninguno de los mártires, ni había padecido Jesucristo, que todo lo añubla cuanto padecemos puesto delante de lo menos que él padeció; pero él ni nueva ni historia no tuvo de quien tal como él hobiese padecido, con quien se consolase; que es un género de desconsuelo ó necesidad con que, no solo se nota su trabajo deste pobre, pero el del santo Job, como en su discurso se dijo, y aun puede advertirse en todos los que comenzaron á padecer. Y sobre todas estas cosas juntas, se pareció en otra con Job, que allí dél se dijo, que es padecer en la honra y estimacion (como san Crisóstomo advierte), que es una cosa harto triste, porque en aquel tiempo no juzgaban ni estimaban mas á los hombres de cuanto los veían prósperos ó afligidos con adversidades; la cual opinion vulgar aun en estos tiempos no está acabada de extirpar. Como los amigos de Job le fatigaban, especialmente Elifaz, cuyas razones y argumentos se encaminaban á convencerle que porque era malo padecía todos aquellos trabajos; lo cual no era el menor que él padecía, como allí se dijo. Y lo mismo le acaeció á san Pablo cuando le mordió la víbora, que dijeron los bárbaros: Este escapó de la tormenta y la justicia de Dios no le dejó vivir. Que, como atrás queda dicho, es una cosa que suele afligir mucho al que padece, por humilde que sea.

Estas son las adversidades, sin otras muchas, que padeció juntas este pobre Lázaro. No es muy dificultoso de averiguar si las padeció con paciencia, pues del texto del Evangelio se colige, donde dice que murió tambien el pobre y fué llevado al seno de Abraham, que es al lugar donde Abraham estaba, donde se recogian y abrigaban los amigos de Dios á esperar que por la muerte del Salvador en la cruz se abriesen las puertas de los cielos, donde habian de vivir para siempre. Y no es sin misterio el decir que los ángeles, y muchos, le llevasen; porque, aunque el alma no tiene peso, y el ángel es de tantas fuerzas, que uno solo mueve todos los cielos, alude al aplauso que hacen los que miran al vencedor en cualquiera pelea, especialmente los estudiantes en las universidades, que todos llevan en peso al nuevo catedrático; y así los ángeles (que, como de la pelea del Señor en el desierto y de las del Apóstol, sabemos asisten á nuestras peleas), viendo vencedor al pobre Lázaro, le llevaban en palmas al lugar de los vencedores, celebrando su vencimiento; ó son semejantes á los indios, que, después que un español desembarca acabada su trabajosa navegacion, le llevan en hombros á gozar de aquella tierra, que, comparada con el trabajo pasado, es un paraíso. Así hacen los ángeles después que el justo ha acabado las tempestades y peligros desta miserable vida, si no tiene que purgar en el purgatorio, como este no tenia, por haberle tenido en esta vida tan riguroso, y por la gran paciencia con que sufrió sus trabajos; como da á entender san Basilio cuando dice que por eso repartió Dios á unos la abundancia, á otros la pobreza, para que el rico gane el cielo con la buena dispensacion y el pobre con la paciencia.

Agora veamos, sabida en breve la historia y los contentos de ambos, que ambos los tuvieron, aunque no juntos, y las necesidades de ambos, que el uno deseaba

una migaja de pan y no la alcanzó, y el otro una gota de agua y no la alcanzó; el rico harto y abundante, y el pobre después abrigado en el seno del que buscaba los pobres por los caminos; dime agora, ¿cuál de las dos suertes quisieras mas si te dieran á escoger? ¿La del rico ó la del pobre? No sé qué responderas. Yo, á lo menos, mas quisiera estar arrojado en aquel suelo con el pobre, deseando las migajas y careciendo dellas, con toda su lepra y enfermedad, maltratado de la inhumanidad de aquella gente, que no á la mesa con la abundancia del rico. ¿Qué le aprovechó á este su púrpura, sus holandas, sus banquetes, sus criados, sus músicas, sus bur-ladores, sus lisonjeros, sus caballos, sus cocineros y dispenseros y mayordomos? Y al pobre Lázaro, ¿qué le dañó la falta de todo esto, hasta faltarle el sustento, cama y salud? Creo que habrá pocos tan ciegos y enemigos de su alma, que no sean de mi parecer. Y pues escogieras, hermano, tanto mal á trueque de tanto bien, conténtate, hermano, y alaba al Señor, que premió su paciencia, por haberte dado tan ligera ocasion como tu trabajo, y tanto favor para tenerla. Y cuando por obra del demonio, de las púrpuras, coronas, tiaras, riquezas y contentos y deleites te tomare codicia, pon los ojos en este miserable rico y en el paradero adonde por estas cosas aportó, y con la buena eleccion que agora destas dos suertes haciamos, abrázate con tus trabajos para que con los buenos temas (como san Gregorio dice) de cualquier prosperidad que te venga, y poniendo al pobre Lázaro con su paciencia y premio della delante de los ojos, te confortes y consueles en cualquiera adversidad, por grande y intolerable que te parezca, pues padeciendo lo que della te cupiere con el sufrimiento que él padeció, gozarás al cabo de la gloria y descanso de que él para siempre goza. Amen.

DISCURSO VII.

De la paciencia en los trabajos á ejemplo de la Madre de Dios.

Aunque en este quinto libro, donde se trata de solos los ejemplos de paciencia, no propusimos de tratar de todos los que lo podían ser, que son infinitos y admirables, sino solo de aquellos que especial y señaladamente nos señaló Dios por dechado de la que habiamos de tener en nuestros trabajos, para estudiar de imitarla, no viene fuera de propósito tratar de la que en los suyos tuvo la Madre de Dios, pues no solo en esta virtud, pero en todas las demás nos fué dada por especial ejemplo y dechado, pues después de su precioso Hijo, que fué el medio y fuente de todas ellas, ninguno las ha tenido tan grandes y perfectas, que con las suyas puedan con muchas leguas compararse. Y en este sentido canta la Iglesia cuando en su fiesta pone aquel verso del salmo: Sus fundamentos están en los mas altos montes. Que á este propósito quiere decir que lo que es menos de virtud en la Virgen, excede en perfeccion á lo mas alto de los otros santos; lo cual parecería claro discurrendo por todas las virtudes, porque en comparacion de su humildad la nuestra parece soberbia; y si es verdad que á la medida de la humildad y caridad sube la bienaventuranza ó baja, como parece en Cristo, de quien dice san Pablo que por haberse humillado hasta la muerte de

cruz fué ensalzado y recibió honra y nombre sobre todo nombre, y la Iglesia nos dice que la Madre de Dios es bienaventurada sobre toda criatura pura, señal es que la humildad fué sobre toda pura criatura, y así podríamos discurrir en todas las demás virtudes si todas vinieran aquí á propósito; y porque no vienen, sino sola la paciencia, de sola ella se ha de tratar, que, por ser la mayor que en el mundo se ha visto después de la del Redentor, se debe tener legítimamente por dechado de los que della en sus trabajos tienen necesidad.

Los desta Señora fueran de todo punto increíbles si la fe no nos lo dijera, y tan continuos y perpetuos, que toda su vida se puede llamar un perpetuo trabajo y dolor; porque, dejados aparte los que no sabemos por revelacion, sino solo barruntamos y sacamos por los demás, que son los de antes de casada y del tiempo que nos callan los evangelistas de la vida del Señor, desde que de doce años disputaba en el templo con los doctores hasta que fué bautizado en el Jordan, que tampoco sabemos de la de su santa Madre, lo demás que de su vida sabemos todo fué trabajos gravísimos, y tan ordinarios, que unos á otros se alcanzaban, y algunos nunca cesaban; porque, comenzando de la salutacion del ángel, allí padeció gran turbacion, así en verse saludar con tanta cortesía, lo cual procedía de su profunda humildad, pues donde la hay verdadera son tan insufribles las alabanzas como en el soberbio los desprecios, y mucho mas. Fuera de eso, antes que alcanzase el misterio de su entereza que habia de tener después del parto, le daba increíble pena y sobresalto el pensar si habia de perder su limpia virginidad aun con tan alto y aventajado interes como era quedar madre de Dios. Después desto, ¿quién podrá encarecer la afrenta en que se vió todo el tiempo, hasta que el ángel vino á desengañar á su esposo, de verse preñada delante de su presencia del santo Josef, que sabia clara y evidentemente que no era suyo el preñado? Que fué menester ser él tan santo como era para que ella no le fuese acusada de adulterio, solo por no descubrir el secreto de la encarnacion del Hijo de Dios hasta el tiempo que fuese Dios servido de descubrirlo; pero entre tanto piense cada uno en qué afrenta se veria, viendo que, aunque no habia culpa, era evidente el hecho, y tan raro, que nunca hubo ni ha de haber otro al cual, por santo y bien intencionado que fuese su esposo, pudiese pensar que podia ser semejante. No sé yo trabajo como este, ni se halla escrito en historias sagradas ni profanas; solo tiene con él alguna semejanza (y quizá se la puso el Espíritu Santo para figurar el de la Virgen) el de Benjamin, cuando los ministros y criados de Josef, después del buen tratamiento que habia hecho á sus hermanos, fueron á voces tras ellos al salir de la ciudad, diciendo qué mal pago habian dado al Gobernador por su buen tratamiento, pues le llevaban su taza, en que solia él adivinar, hurtada. Ellos, agraviados de que de gente tan honrada y de buenos padres se pensase cosa tal, alegremente se desnudaron y ofrecieron los costales de trigo para que en todo su hato se buscara la taza, consintiendo en que aquel en cuyo poder se hallase fuese por ello muerto, y todos ellos, allende de eso, esclavos del Gobernador: tan seguros estaban que ninguno se hallaria en tal cosa

culpado. Llegando pues á desenvolver la carga de Benjamin, y hallada la taza dentro, ¿quién podrá decir la vergüenza y la pena y turbacion del pobre mozo, que veia la evidencia del hecho, aunque tambien la tenia de su inocencia? Y ¿quién podrá encarecer la confusion de los hermanos cuando parecieron delante de Josef, sabiendo que no tenian culpa, y por otra parte se veian convencidos? Pues deste género era la pena de la Virgen con su preñado delante de su Josef, que, aunque tenia de su limpieza, fidelidad y inocencia evidencia clara, la tenia tambien su esposo del preñado y de no ser de su cama, pues nunca la tuvo con ella comun. Pero, aunque aquel caso de Benjamin se parece algo con este, y creo que le figuró; pero, consideradas las personas y el caso, mayor fué sin comparacion la turbacion que la Virgen tuvo, aunque con tanta prudencia y silencio como el texto significa.

Pues llegado el tiempo del parto, no se puede decir la pobreza con que parió en un vil establo, en casa ajena, en lugar extraño, sin criadas, sin cama, sin fuego, sin servicio, sin regalo ninguno. ¿Qué diré de cuando la mandan salir de su casa, tierra y parientes, y caminar á Egipto? Salen de noche en invierno por desiertos, caminos arenosos, que apenas pasaban camellos por ellos, acompañada con solo su esposo, una doncella tan tierna. Y puesta allá, ¿qué vida seria la suya seis años entre bárbaros, crueles, idólatras? Y si san Pablo se desahacia cuando llegó á Atenas, viendo quitar á Dios la honra que se le debía, y darla á palos y piedras, ¿qué haria la Virgen, con mas conocimiento y amor de Dios que san Pablo? Ganaba la Virgen la comida á puro trabajo, con la mayor pobreza que jamás se pensó; lo cual parece algo en que la mandan salir al destierro, de su casa antes que amanezca, y así lo hizo, y es alguna señal del poco ajuar que en ella tenia de qué disponer, y menos raíces y posesiones; que cuando del reino de Granada mandaron salir los moriscos, con ser gente tan pobre, les daban tres ó cuatro dias de término para vender una olla y cuatro platos y un cenacho; menos alhaja seria la de la Virgen, pues tan fácilmente y tan presto la mandan salir, aunque eso que habria dejó ella con prestísima voluntad; que, como ni ello debia de ser tanto que se notase la brevedad de la huida, así aunque fuera mucho, no reparara ella sino en solo obedecer. Pues después de vuelta, considérala cuando pierde á su Hijo, las ansias y dolores que padeció hasta que lo halló, y de allí adelante con qué trabajo le criaba, con cuánta necesidad, cómo sentiria ver al que todo lo viste, las carnicitas defuera, cómo le servia, los temores de perderle, los caminos que anduvo á pié esta tierna doncella siguiendo á su Hijo por caminos, por ciudades, por villas y castillos, de día y de noche, do quiera que predicaba. ¿Qué dirémos de las congojas y cuidados, mayormente entre tantas contradicciones y asechanzas, tanta ingratitud de los que recibian salud y otros beneficios de sus manos? Y desde que Simeon le dijo en el templo aquellas palabras, que una espada de dolor habia de atravesar su santa ánima, siempre la tuvo atravesada, andando con perpetuo temor de lo que sucedió, fuera de que ella lo tenia por revelacion y por relacion de su santísimo Hijo, y ella sabia que su encarnacion

había sido para padecer tormentos y derramar sangre, y sufrir oprobrios y muerte para redencion del linaje humano, sabiéndolo tambien por la ordinaria y atenta lición y por boca de su Hijo, el cual, no menos que á sus discípulos, le abrió su sentido para entender las escrituras; á ellos dijo muchas veces su pasión antes de padecerla, y ella meditaba en ella como en cosa que á su Hijo agradaba que se pensase y traía él siempre en su pensamiento; de donde decia que andaba apretado y congojado hasta ponerla por la obra; de que á ella le nacía, por una parte gran admiración, y por otra gran amor. Consideraba la majestad de Dios y la vileza de los hombres, la fealdad y gravedad del pecado, la aspereza de las penas, el gran beneficio y la gran ingratitud; pero el dolor era acerbísimo cada vez que miraba ó trataba aquellas manecitas, que habían de ser traspasadas con clavos; aquella santa cabeza, donde encerró Dios los tesoros de su sabiduría, que había de ser barrenada con espinas; las espalditas, que habían de ser, hasta descubrir los huesos, cruelmente azotadas; y así de todos los demás miembros del santo cuerpecito que envolvía.

De manera que lo que al cabo había de padecer, con su continua consideración lo tenía siempre presente, que es uno de los grandes tormentos que Cristo padeció cuando en el huerto se le representaron los suyos; y tal dicen los doctores que le tienen los condenados con el pensamiento de lo que en la eternidad les queda de padecer. Pues viniendo á los azotes que su Hijo recibió y á la corona de espinas y á los demás tormentos y afrentas de aquella noche, no hay lengua humana que llegue á poder decir lo menos que hay que ponderar; porque, si es verdad lo que Simon Metafraste dice, que se halló esta Señora presente á los crueles azotes de su Hijo (como es muy posible y fácil de creerse semejante crueldad de los verdugos, que tan fiera la usaron en el número de los azotes, y su furia contra un inocente Cordero), ¿qué lengua hay que acierte á contar ni decir lo que la Madre sentiría en ver los crueles verdugos remudados y cansados, antes que hartos de atormentar á un Hijo que ella tanto amaba, delante de sus ojos desnudo y amarrado, callando su boca, sin quejarse, y al cabo tendido en aquel suelo, despedazado? Porque si en la ley se mandaba que los azotes del malhechor no llegasen á cuarenta, y da la razón, porque no quedase allí aquel hombre, que era su hermano de los castigadores, despedazado delante de sus ojos; y así dice san Pablo que cinco veces se ejecutó en su persona; pues si este temor muestra la ley de solos cuarenta azotes, ¿qué tal quedaría este inocentísimo y tierno mancebo con mas de cinco mil, dados con tanta crueldad? Verdaderamente es cosa que agota todo humano entendimiento. Pero cuando el dicho del Metafraste no sea cierto, bien sabia esta Señora los tormentos que su Hijo había de padecer esta noche; porque, demás de otros caminos por donde lo tenía sabido, lo había oído muchas veces de la misma boca de su Hijo cuando á sus discípulos decia, especialmente en el sermón de la cena, en el cual, segun el mesmo Metafraste dice, se halló ella presente, aunque no á la mesma cena; y en parte le era mas penoso pensarlo con tanto dolor y no poderse ha-

llar presente; porque, aunque dice el refran que ojos que no ven corazón que no llora, del cual usó san Bernardo; pero, atento á la crueldad de los ánimos que los fariseos tenían embravecidos contra su Hijo, y la mansedumbre y gana con que él se ofrecía á los tormentos, no es mucho que ella entendiese y temiese que serían tan grandes como ellos fueron, de manera que aquí no tuviese lugar aquel refran, mayormente que con su buen entendimiento y mediante las revelaciones que tenía del cielo y con la continua lición de las santas escrituras sabia la rabia que en su Hijo habían de ejecutar los enemigos, y que aquella no podía faltar; hasta decir Esaías que el Padre Eterno por manos de aquella gente cruel le había de moler y desmenuzar.

Y si por ventura esta consideración de los trabajos de su Hijo le fué ó había de ser ocasión del alivio que naturalmente tienen los hombres que están prevenidos de lo que les ha de acaecer, y así no tendría tanto sobresalto al tiempo que le viese salir azotado y afligido, con ojeras, sin color, las barbas mesadas y lleno de cardenales de los palos, bofetadas y torniscones, á lo menos sería doblado el dolor y tormento de su alma cuando le viese salir coronado con aquella cruel invención de corona de espinas, para el cual dolor, ni con escritura, que sepamos, ni con historias ni con costumbre de la mas cruel y bárbara gente del mundo y mas enemiga del linaje humano, pudo estar muy prevenida, porque ni en imaginación de ningún tirano se lee ni cree haber caído. Y así, entiendo que cuando la vió, el dolor fué tan repentino, tan grande y desmesurado, que le atravesó el corazón, y se le tuvo apretado todo el día hasta que su Hijo espiró. Porque, como sus dolores corrían á las parejas con los de su Hijo cuanto al tiempo que duraban, aunque no eran todos iguales, porque, pasado el azote, poco después se acababa el rigor de su dolor, aunque el siguiente le refrescaba la bofetada, luego se acababa, aunque otra le seguía, y asimesmo los palos, ó duraba poco el dolor dellos, ó íbase remitiendo; de suerte que, aunque ningún tiempo ni punto del estuvo sin muchos y muy graves dolores, que causaban los golpes, heridas y llagas que aprieta recibía; pero la corona, como perseveraba en su santísimo cerebro, dividiendo la carne, tocando en el hueso, despegando el niervo y no dejando cerrar los agujeros ni dando lugar á que la naturaleza los cerrase, siempre conservaba aquel primer dolor, creciendo cada vez que la santa cabeza con palos ó cañas era herida, ó requerida la corona y apretada porque no se cayese della; y así, este dolor, como fué continuo y sin cesar en el Redentor, así lo fué en su santa Madre, hasta que con su muerte se trocó con los demás dolores, y hasta la resurrección, que todos los que eran de pasión se acabaron del todo, etc.

§. II.

De los dolores de la Virgen en todo el viernes de la Cruz.

Sola la Virgen pudiera bien contar lo que padeció el viernes de la Pasión; en el cual, aunque se podía presumir que se halló á todas las cosas, y no falta quien lo afirma que le vió, con todo el pueblo, cuando Pilato se le enseñó y dijo: *Ecce homo*; y tal, que el mesmo Pilato

le tenía compasión, y oyó la grito y vocería de aquella canalla incitada de aquella gente hipócrita, y que vió allí la cruz aparejada y aun cargarla sobre los tiernos hombros de su Hijo; pero yo entiendo que cuando el Redentor salió del cenáculo para mas no volver, ella se fué á su casa, y él se despidió allí para ir á padecer. Cuando salieron al huerto (y él se lo diría), ¿cuáles serían las lágrimas de aquellos últimos abrazos, cuando para una partida tan amarga se despedía de un Hijo tan bueno, solo y su descanso, con quien, fuera del amor natural y el infuso, había vivido y adquirido otro por espacio de treinta y tres años, representándosele lo que aquel día había de padecer? Pues él no se apartaría sin lágrimas; él, que lloró con Marta y María. Mucho sentimiento fué el de Jonatás cuando de David se apartó, y la mujer de Tobías á la partida de su hijo, y las madres de los niños inocentes cuando para matarlos se los quitaban de sus brazos; ¿cuánto mayor sería el de esta Señora á la partida de tal Hijo, y para padecer? ¿Cuántas veces y con cuánta mas razón diría la Virgen con lágrimas y sollozos lo que David decia del mal hijo Absalon: ¿Quién me diera, hijo mio, que muriera yo por tí, para que tú vivieras y no viera yo tu muerte? ¿Cuál quedaría esta Señora con soledad de tal Hijo? Muchos cristianos, á cabo de tantos años, con grandes afectos de admiración, tristeza, compasión y amor rompen las telas del corazón con este pensamiento, ¿cuánto mas, quedando su Madre esperando la nueva de lo que entonces se hacia y ella sabia? Que, aunque la Escritura lo calla aquí, muchos santos dicen que por mensajeros sabia muy á menudo cuanto se hacia. Mientras oraba estaba cada credo con nuevos sobresaltos; venían san Juan y otros huyendo. Considera tú agora su corazón cada vez que llamaban á la puerta, hasta la hora de sexta: unos le decían la negación de san Pedro, otros la bofetada, otros los azotes, salivas y burlas toda la noche en casa de Caifás; otros la sentencia, otros las sogas con que le llevaban de Caifás á Pilato, otros á Judas ahorcado, otros la vestidura blanca con que fué remitido de Heródes, otros la petición de Barrabás para la vida y al Señor para la muerte, otros los segundos azotes y espinas, otros cubierto de sangre, salivas, polvo, púrpura, caña, atadas las manos, y que así había salido delante del pueblo, do no se esperaba mas que la sentencia de muerte. ¿Cuál estaba el corazón que tantos cuchillos partían cuantos mensajeros venían? Con solos cuatro rompió Job sus vestiduras; esta Virgen ninguna cosa destas hizo.

Oída la sentencia que se había pronunciado, fué esta Señora á mas andar al lugar de la justicia, procurando primero verle pasar desde algun lugar alto, desde donde vió, lo primero, los ministros con escaleras, martillos, clavos, sogas y con otros instrumentos, que con mucha priesa iban delante; tras ellos gran tropel de gente con mucha priesa á tomar lugar, como suele hacerse, unos amigos, otros gritando, otros mofando; tras ellos el escuadrón de soldados, y en medio dellos dos ladrones atados con sogas, y junto á ellos su Hijo Jesus, arrojando con el peso de una grande cruz, herido de los ministros cruelmente, sacado de paso con sogas y con golpes, con piés, con puñadas, con palos,

con correas, moviéndole con empujones de una parte á otra, y no pocas veces caía en tierra; el rostro enconado, cubierto de salivas, de sangre y de polvo; las manos y los piés no descubrían otra cosa sino sangre ó carne sangrienta; la corona de espinas barrenaba la cabeza y le cubría el rostro. La Virgen, cuando le vió así, dijo: ¿Este es mi hijo Jesus y mi Dios? La túnica conozco, el rostro no le veo; y otras palabras como estas. Al Hijo, aun yendo así, no se le escondió la Madre; que, aunque por la distancia no podían hablarse, con la vista se consolaban dulcemente. Pasando la gente adelante, seguía atrás la Madre con las otras mujeres, contemplando las gotas de sangre que del cuerpo de su Hijo había corrido. Y aunque le era de gran consuelo oír la voz de su Hijo, pero gran temblor le causó oírle hablar consolando las mujeres; pero mucho mas cuando, acabando las de hablar, acudieron los ministros con nuevos empujones, pareciéndoles que se detenía lo que tanto deseaban, como era ponerlo en la cruz.

Pues llegados al monte, vistos los amargos instrumentos de su muerte, fué tanta la gente que cargó al rededor del Señor y de la cruz, que no podía la Virgen ver por menudo lo que contra su Hijo se hacia; pero de la grito de los ministros y de la demás gente entendía poco mas ó menos lo que se iba haciendo, y en cada cosa se renovaba su dolor. Pero cuando sonaron los golpes de los clavos, ¿quién duda que los sentiría en el corazón mas agudos y dolorosos que si en sus propios piés y manos los recibiera? Pero, levantada en alto la cruz, ¿con cuáles ojos miraba la Madre al Hijo que tanto amaba puesto en alto para oprobrio de los presentes, corriendo de su cuerpo inocente arroyos de sangre? ¿Quién duda que correrían otros tantos de lágrimas de sus ojos? Lloraban aquellas santas mujeres y los demás amigos y conocidos, y con sus lágrimas se renovaba y crecía el dolor de la Madre. ¿Qué pensamiento tendría en su corazón cuando viese aquel santo cuerpo, limpio mas que el cielo, despedazado y desfigurado con tantos azotes, cuando le vió puesto en alto, sacudido y herido, procurando que entrase la cruz en un pequeño agujero? Y entre tanto que los malvados ministros la alzaban no cesaban de herirle con manos y palos, no oía palabra ni queja de su Hijo; porque, sufriendo con mansedumbre todos los tormentos, callando, rogaba al Padre por los que se los causaban.

Entre tanto la Madre con Juan y la hermana y María Madalena, procuraron, rompiendo por entre la gente, pasar donde estaba la cruz, por ver si podían ser de provecho al servicio ó consuelo de su Hijo. A lo primero estorbaba la altura de la cruz, á lo segundo el dolor y las lágrimas. Mirábase á la Madre y el Hijo; procuraba hablar la Madre, y el dolor atajaba la voz; pero, aunque con ella ni con la obra no podía ayudar al Hijo, quedóse en pié junto á la cruz; desde allí contemplaba las llagas por menudo, allí las recibía en su corazón, cumpliéndose lo que Simeon le había dicho de la espada de dolor que había de traspasar su alma. De manera que la Reina de los mártires vino á serlo con llagas y heridas, no suyas, sino de su Hijo; el cual, aunque á algunos santos hizo tanto favor, que imprimió en su carne algunas de sus llagas, pero el que hizo á su Madre fué